

## **Felicidad: Solidaridad**

El Dr Valentí Fuster, sabio médico, humanista y gran persona, referente en diversos ámbitos, social, científico, académico, humanitario, dijo algo que me parece clave para avanzar positivamente en el valor y en el sentido de la vida y de la felicidad que todos buscamos y anhelamos:

“Creo en la felicidad duradera,  
pero para alcanzar la felicidad  
tenemos antes que encontrar el equilibrio  
para abordar la cuestión más importante:  
¿Cómo contribuir a mejorar el mundo que me rodea?”

Parte de una constatación esencial: Somos seres sociales que compartimos el mundo, la vida y que por tanto somos corresponsables los unos de los otros, y por eso nuestro destino, nuestra felicidad está y estará íntimamente ligada a un equilibrio esencial de uno mismo y de uno con el entorno. Se me antoja la idea de la familia humana en la casa común que es el mundo. Cada uno tiene su rol y su función, pero todos, creando lazos y cultivando las relaciones somos corresponsables de lo que acontece y de lo que podemos hacer para mejorar y mejorarnos: “a mejorar el mundo que me rodea”.

Cada día que pasa nos damos cuenta de cuánto nos falta avanzar en el camino de la solidaridad y de todo lo que podríamos hacer si fuéramos capaces de renunciar a nuestro ego y a nuestros exclusivos intereses, superando nuestros espacios de confort en los que nos hemos instalado, y abriéndonos a la creación de una gran red de complicidades en la que cada uno aportara lo mejor de sí, y la suma de todo lo bueno, bello y potente de cada uno, nos daría una fuerza que difícilmente sería detenida por nada ni nadie.

Hoy, cuando vemos que los recursos no llegan, cuando nos duele el dolor ajeno, que ya comienza a ser nuestro propio dolor, cuando tocamos nuestros límites y la limitación de recursos, se nos antoja urgente multiplicar los panes y los peces y dar aquello que cada uno necesita. Pero no acabamos de encontrar la forma; o porque no somos constantes, o porque esperamos que lo hagan los otros, o porque creemos que lo que hagamos será muy poco y que se puede prescindir de ello.

En una situación nueva como la que afrontamos, tenemos que reorientarnos y reorientar nuestros intereses y también nuestros hábitos y tareas. Vale la pena tirarnos a la piscina para disfrutar del baño regenerador que nos da la realidad hecha compromiso e implicación, pero sobretodo, para no quedarnos eternamente en la orilla sin mojarnos, porque en la vida si no nos mojamos, somos unos mediocres.

Dar lo mejor de uno mismo, se impone como una necesidad interior, a medida que uno comienza a darse. La dosis de sacrificio y entrega, no pesa tanto, cuando descubrimos y tomamos conciencia de lo que podemos hacer con poco, que sumado a otro poco es mucho, muchísimo. Es como una "droga", uno queda enganchado, y se hace adicto y hace lo imposible para dar y darse.

Practicando la cercanía, acogiendo y dejándonos acoger por la realidad del otro, que siempre nos aporta y enriqueces, por lo que tiene de experiencia...

Hay un proverbio chino que dice lo siguiente:

"Si quieres la felicidad durante una hora, échate una siesta.

Si quieres la felicidad durante un día, ve a pescar.

Si quieres la felicidad un mes, cástate.

Si quieres la felicidad un año, hereda una fortuna, que será el tiempo que tardarás en gastarla.

Si quieres ser feliz toda la vida, ayuda a alguien”

Sin duda la felicidad nos lleva a aceptarnos a nosotros mismos y a nuestras circunstancias, y a intentar desde dentro y desde la corresponsabilidad, transformarla.

Decía un pensador, Carnegie, algo así como que el éxito, consiste en tener lo que se quiere, pero la felicidad en querer lo que se tiene. Y cuando uno ama, el amor es creativo, activo: no se queda quieto.

La corresponsabilidad, la lucidez y el sentido ético, es la medicina que todos tenemos que tomar, si queremos estar sanos, como personas y como sociedad, y esa misma ética y la urgencia por hacer bien las cosas, por mejorarlas, es la que nos lleva a implicarnos.

La felicidad, del que se implica y se moja, llega cuando lo que uno piensa, siente y hace está en armonía. Si pienso, critico, me enfado, pero no hago nada para que la armonía llegue y se instaure, difícilmente seré feliz y me sentiré realizado.

Eso que llamamos crisis que estamos padeciendo como individuos y como sociedad; ese aprieto, ese trance, que toma forma de drama –son muchas, demasiadas las bajas humanas- y que pone en peligro la vida digna, para cada vez, más personas, es algo mucho más que una crisis financiera y económica, es tal vez el final de una forma de vivir que ha tergiversado los valores y los derechos humanos y se ha vuelto en contra de la persona, habiendo endiosado el capital, el lucro, la corrupción y el egoísmo exacerbado de unos pocos que ha acabado cebándose con la vida de muchos.

Ese drama que padecemos, pone sobre la mesa, una verdad irrefutable: el sistema está gravemente enfermo, y es urgente y necesario un cambio radical, esencial de

hábitos de vida, de conciencia y de forma de implicarnos en la trama de nuestro mundo. Es el momento de poner en cuestión casi todo y preguntarnos en qué mundo queremos vivir y cómo lo vamos a conseguir.

La euforia del consumismo voraz, se ha debilitado; el crédito desenfrenado, el endeudamiento grosero, la salvajada de las recalificaciones urbanísticas y los sueldo de altos directivos con tarjetas opacas, y otras prácticas de obscena corrupción, nos han llevado al límite, a muchos a la ruina y a la desesperación, y lo que es peor, ha herido de muerte la confianza de los ciudadanos que hoy se sienten, nos sentimos, estafados y burlados, pero no anulados.

La crisis, el pan que dejó de llegar a las casas, la expulsión del mundo laboral, la frustración de los jóvenes por no tener oportunidades, los recortes sistemáticos en derechos fundamentales, nos ha despertado a todos. De repente nos ha puesto al límite, porque vimos más cerca que nunca el rostro de la pobreza. Y conscientes de que esto era un problema creciente, y que ya no era posible mirar para otro lado, comprendimos que ésta era la hora de la responsabilidad y de la corresponsabilidad. Porque si es verdad que cada uno debe ser responsable de sus actos, debe serlo junto con otros para sumar y para plantar cara, para exigir respeto y para parar el atropello a la dignidad humana, porque si todos somos naturaleza –como decía José Luis Sampedro- o si todos somos hermanos o miembros de un mismo cuerpo, según la teología de San Pablo, nada ajeno a los otros puede resultarme indiferente: me afecta directamente y exige de mi una respuesta.

El ¡sálvese quien pueda! o ¡ese no es mi problema! o ¿Y a mi qué? Son excusas que hoy ya no sirven para nada.

La crisis está siendo un factor de movilización. Hemos despertado al más genuino sentido de responsabilidad social y ciudadana. No olvidemos que el 15M fue la

consecuencia de una situación de grandísimo dolor ante la precariedad y la impotencia de una ciudadanía que comenzaba a estar cabreada y no se resignaba a permanecer inmóvil, que ya no podía permanecer ajena a lo que pasaba, porque la nueva situación, el fracaso de la bonanza económica, nos dio a todos un tortazo, del que nos costará rehacernos.

Y los ciudadanos abrimos los ojos y nos despertamos. Nos miramos los unos a los otros, nos reconocimos en nuestras heridas compartidas, “sangrantes” y dolorosas, provocadas por la misma mano asesina de los poderes macroeconómicos que nos han tenido anestesiados y que han dominado nuestro modo de vida, y en lugar de quejarnos en la cocina de casa o de despotricar en el bar, cargados con nuestra indignación nos lanzamos a las calles, ocupamos las plazas, y nos dimos cuenta que éramos muchos y cada vez más, y que juntos podíamos decir basta, exigir responsabilidades y apelar al cambio.

Pero para ello, para que esa indignación real, legítima, dolorosa, fuera eficaz y nos llevara a una movilización activa y eficaz, nos dimos cuenta que necesitábamos y necesitamos algo aún más exigente y complicado, pero que ya es inaplazable y es el compromiso de todos y de cada uno.

Y eso, es verdad que nos cuesta un poco más. Cuesta superar el espacio propio del confort y la vida más o menos resuelta, a muchos –cada vez menos- les cuesta la implicación en asambleas locales, en ONG, en espacios que luchan por crear alternativas transformadoras, y que son generadoras del cambio. Un cambio que entendemos no vendrá de la mano de los que nos metieron de lleno en este desastre, sino de nuestra capacidad de vivir de forma corresponsable esta hora, siendo coherentes y comprometidos.

La realidad, solo la podremos transformar de forma corresponsable, creando redes, vínculos, comunidades. Sí, comunidades, poniendo los bienes y las ideas en común, aprendiendo a conjugar el verbo compartir con la palabra justicia y justicia social, justicia para todos.

La realidad no se transforma de forma exclusivamente individual, se transforma de forma corresponsable, con la suma de todos y cada uno, pero de forma solidaria, sumando, incluyendo, dilatando.

Este reto implica además una buena dosis de obstinación o si preferimos tenacidad, persistencia, constancia y sobretodo, fundamentalmente donación personal, generosidad y tiempo.

Hemos ganado en implicación social, pero no nos podemos quedar ahí, necesitamos dar un paso más, necesitamos despertar de la apatía a los que aun se lo miran de lejos, como meros espectadores. Necesitamos que todos lleguemos a sentirnos hermanados en una lucha y en una causa común en la que todos y cada uno debemos ser ciudadanos actores, promotores del cambio.

Necesitamos la fuerza que nos damos mutuamente y necesitamos decirnos y explicarnos mutuamente nuestros anhelos y decisiones en pro de una justicia social para todos, de esta forma estaremos dándonos mutuamente armas para exigirnos los unos a los otros aquello que libremente decidimos y que con frecuencia, por cansancio o por desesperación, queremos abandonar.

La falta de voluntad política, lo repito muchas veces, choca con nuestra falta de decisión de cambiar determinados hábitos y formas de vida, con nuestra falta de voluntad como ciudadanos. Aquí hay que repartir culpas y asumir cada uno sus responsabilidades, para beber juntos la

medicina de la que hablaba y que es la que nos conducirá a una vida saludable a todos.

Llevamos una buena temporada en la que en la plaza pública asistimos a una explosión en cadena de escándalos y casos de corrupción, en la que parece que no queda títere con cabeza y en la que vemos que muchos referentes, han caído en picado porque tenían sus manos manchadas con dineros sucio y con negocios oscuros. Gente que han mantenido una doble moral y una doble vida durante años, y que finalmente, como hoy, en la era de la comunicación, todo se vuelve transparente, han quedado al descubierto, y ha significado un nuevo golpe a la ya debilitada moral de los ciudadanos.

Decía Martín Luther King que la no-violencia no es pasividad estéril, sino una poderosa fuerza moral que nos capacita para la transformación social.

Muchas veces pienso que la comunicación al instante, y la facilidad para conocer lo que ocurre en cada rincón del planeta, y el conocimiento de los efectos devastadores de la hora que vivimos en nuestro entorno, nos ha universalizado el alma y la vida.

Somos muchos, cada vez más los ciudadanos, que superando los límites de nuestros intereses y grupos, religiosos, políticos, sociales, nos hemos adentrado en las entrañas de la suerte y desgracia de las personas, y practicando la proximidad, poniéndonos en los zapatos y en la piel de los otros, llorando con sus lágrimas, y esperando con su esperanza, descubrimos nuestro amor apasionado por la humanidad y por sus causas, porque ellos, nuestros hermanos y hermanas concretos/as nos han hecho descubrir nuestra verdadera identidad y el sentido de nuestra vida: La alteridad, la necesidad de complementarnos y de ser solidarios. La vida es mucho más bonita cuando la vivimos con otros; cuando la causa

es la causa de todos, nos desplegamos y somos capaces de dar, juntos, lo mejor de cada unos.

Yo quiero pensar que esta hora nos está despertando definitivamente a la indignación y al compromiso; y también a la esperanza, como decía Pere Casaldàliga desde el Mato Grosso.

Estando en el Cairo, en junio del 2009 Barak Obama dijo que ***“Tenemos la capacidad de lograr el mundo que deseamos si tenemos el valor de emprender un nuevo comienzo”<sup>1</sup>***.

Si tomamos la decisión de no echar la vista atrás y somos capaces de ser coherentes, corresponsables. Si tenemos la lucidez suficiente para reconocer en qué hemos fracasado como personas, como sociedad, como humanidad, para evitar repetir aquello que fue nuestra ruina, vamos a ser testigos excepcionales del cambio. No nos van a amordazar, ni conseguirán que el miedo nos paralice.

Estoy convencida que esta es la hora clave para dar un paso real para avanzar, de **la fuerza a la palabra**, del poder absoluto al poder democrático; es la hora en la que estamos dejando de ser sumisos espectadores y nos estamos convirtiendo, en catalizadores de la gran transformación que clama y reclama nuestro mundo y nuestro planeta.

Depende de todos y cada uno de evitar que los poderes macroeconómicos nos manejen como títeres, y tenemos en nuestras manos, desde la coherencia, el consumo responsable, la ética, y el compromiso, que el hombre, la mujer, “la persona” esté en el centro de la toma de decisiones de nuestro mundo, y no el capital, que debe le debe servir, y no al revés, como ha venido siendo una práctica escandalosa hasta que esta crisis ha estallado.

---

<sup>1</sup> El Cairo, 4 de junio de 2009.



Esta semana leía un twitter de Federico Mayor Zaragoza en el que decía "No lo olviden: ahora el pueblo ya tiene voz. Procuren que no tenga que recurrir al grito."

Esa voz, es un clamor. Puede ser transformante y nos implicamos.

Asistimos hoy a una impresionante, a una grandísima movilización popular que está poniendo en evidencia el poder ciudadano adquirido gracias a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, a este mundo global en el que estamos intercomunicados, y sin duda por culpa de que nos han tocado la miral, y lo hemos podido poner en off para que todos lo oigan, para decirnos unos a otros: "Otro mundo es posible, nos tenemos que jugar"

¡Por fin, los ciudadanos en el estrado! ¡Por fin, la mujer tiene voz y participan en la toma de decisiones! Algo está cambiando. **"¡Por fin, la conciencia global nos permite comparar, apreciar lo que tenemos y acudir solícitos a ayudar a los que son humillados y a luchar codo a codo por sus derechos, que son los nuestros"**<sup>2</sup>

Tenemos el diagnóstico de nuestra sociedad, de la economía y del mundo. Hay que buscar juntos el tratamiento adecuado. Y si algo tenemos claro es que el neoliberalismo ha desatendido a la persona, se ha cargado sus derechos y hay que construir con otros valores.

Dice Pilar, coordinadora de Proyectos de la Fundación, economista lúcida, que "nos hemos dado cuenta que el pastel está mal repartido, pero que hay algo más, esta es la hora de cambiar la receta del pastel, porque nos ha sentado a todos muy mal"

---

<sup>2</sup> Cfr José Luis Sampedro

Tenemos que entrar en la cocina y aprender a cocinar. El cambio nos tiene que encontrar con las manos en la masa, para que haya pan y oportunidades para todos,

Decía Hessel, el de “Indignaos” que hay que liberar a la humanidad del miedo” y que “si no puede ejercer sus derechos, los seres humanos pueden verse compelidos a la rebelión”. Una rebelión que es imprescindible sea pacífica, pero contundente, indignada, comprometida.

“Nuestro mundo está en crisis. Y solo saldrá de ella gracias a la determinación, el compromiso y el coraje de quienes proclamen alto y fuerte los valores de la democracia y el indispensable respeto de los derechos humanos”. Y de quienes proclamándolos alzan la bandera del trabajo y se pringan en el terreno, de forma concreta y pragmática.

Una ciudadanía madura tiene en sus manos la posibilidad de impedir que las oligarquías económicas y financieras controlen, para su exclusivo provecho, las legítimas aspiraciones de los pueblos. “No es suficiente indignarse” es urgente y necesario desarrollar juntos una nueva cultura mundial: la construcción de la paz desde la promoción de la Justicia Social.

Para pasar de una época de cambios a un cambio de época, como hemos dicho tantas veces, es imprescindible que toda la sociedad reaccione; es inexcusable que nadie permanezca impasible o como mero espectador de lo que ocurre y que todos se sientan convocados intrínsecamente a participar activamente, para que los gobiernos sean auténticamente democráticos, a que actúen en virtud de la voluntad mayoritaria de los ciudadanos y escuchen, respeten y promuevan sus derechos promoviendo también el respeto a la tierra y al Planeta que nos acoge y da vida, y del que también somos corresponsables no estándonos permitido tampoco y bajo ningún concepto ir en contra

suyo, aniquilarlo ni depredarlo con nuestra voracidad egoísta y con nuestra capacidad destructora. Entiéndase que aquí entra la promoción de energías renovables, la lucha contra los transgénicos, contra la tala indiscriminada de árboles, la destrucción de los subsuelos para obtener metales, minerales o petróleo, la contaminación de los ríos del mar, y la explotación sin medida de la tierra y de los animales

Hoy nos creemos un poco más que el cambio es posible, porque en los últimos años hemos madurado como ciudadanos y estamos pasando de ser súbditos a ser ciudadanos mayores de edad que sabemos que tenemos derechos y obligaciones; sabemos que somos ciudadanos del mundo y tenemos una conciencia global y, por fin, la posibilidad de participación a través de las modernas tecnologías de comunicación. Se trata ahora de aprovechar todos los recursos, fuerzas y sobretodo la nueva conciencia para cambiar profundamente el sistema.

Hoy, tenemos el desafío de afrontar estos cambios con serenidad. Sabemos que es posible como dijo el poeta porque: "El ave canta aunque la rama cruja porque conoce la fuerza de sus alas"<sup>3</sup>.

Hoy, podemos apreciar la realidad. Sabemos que tenemos y también qué nos falta. Tenemos una "visión global" que si queremos puede tener un efecto transformador extraordinario a escala personal y social.

Los ciudadanos hoy no podemos hacernos los desentendidos, somos habitantes "enterados" del mundo en el que vivimos, y cada vez más nos sentimos capaces de expresarnos, implicarnos, actuar, participar.

---

<sup>3</sup> Álvaro Cunqueiro

Podemos mejorar de forma sustantiva nuestra democracia, la economía y nuestras relaciones. De nuestra capacidad activa y proactiva como personas y como ciudadanos depende la promoción de una corriente cierta de esperanza que nos movilice y nos haga avanzar.

Ser actores y protagonistas, ejercer de ciudadanos está provocando que los cambios que eran nuestro anhelo, nuestro sueño, nuestra utopía, comiencen a ser una realidad y se dibujen en el horizonte de nuestra sociedad que parece que despierta.

Creo firmemente en que podemos conseguir el cambio de los "grandes poderes" actuales, desde el trabajo local, comprometido, consciente. Mi experiencia en el campo de la solidaridad, codo a codo con hombres y mujeres inquietos, con las víctimas del sistema y con aquellos que creen en el cambio, me hace ser optimista. Ese trabajo consciente y transformador, unido a la indignación corresponsable, es el factor determinante.

No es la "marea" de la movilización a través de las redes sociales o de la telefonía, en sí misma la que cambiará las cosas. Ellas pueden canalizar lo más profundo que hay detrás y se convierten en el canal, pero si no hay consistencia, todo acabará en nada.

Juntos podemos conseguir la transformación apremiante de nuestra sociedad, tenemos que reparar los desgarros sociales, sin parar hasta que haya calidad de vida para todos con acceso al agua, a los alimentos, a la salud, a la educación, a la vivienda digna.

Frente a los que no quieren cambiar nada, porque se han subido al ego desenfrenado de sus impulsos acaparadores, o porque utilizan el poder en beneficio exclusivamente propio, la única forma de procurar el cambio es la

implicación de todos y la capacidad de construir y crear el futuro.

El amor es creativo, y esta palabra la he dejado para el final: si no amamos de verdad y a fondo perdido la humanidad, la vida, construiremos sobre arena y este edificio no tendrá consistencia

Decía Amin Maalouf: "Situaciones sin precedentes requieren soluciones sin precedentes". Por lo tanto, para convertir los sueños en realidad era necesario "sobrepasar los límites de lo imposible"<sup>4</sup>. Los imposibles de hoy pueden ser posibles mañana cuando seamos capaces de vencer la inercia y facilitar la evolución, es decir, conservar lo que debe conservarse y cambiar rápidamente todo lo que debe modificarse.

Esta hora es apasionante: tenemos la oportunidad de jugar de titulares en el cambio, de participar activamente. Se respiran aires nuevos, ya se divisa la cumbre. No sigamos postergando el nuevo despertar. El futuro es nuestro, activemos el presente y ejerzamos de ciudadanos hasta las últimas consecuencias.

---

<sup>4</sup> Como decía Dilma al asumir la Presidencia de Brasil